

# SU HORA MAS DURA, SU HORA MAS DIGNA

PEDRO J. RAMIREZ

**D**IRIASE que la ruleta del destino ha querido enfatizar la relación entre ambos episodios situándolos en hojas casi idénticas del almanaque. Es verdad que la personalidad de verdugos y víctimas, así como el contexto histórico de una y otra tragedia, marcan claras distancias entre aquel lunes 24 de enero de 1977 en que fueron asesinados los abogados comunistas

del despacho de Atocha y este lunes 23 de enero de 1995 en que lo ha sido Gregorio Ordóñez. Pero creo que las consecuencias políticas de ambos crímenes, antagónicas a la pretensión de sus inspiradores y ejecutores, van a ser muy similares e igualmente trascendentes para el desarrollo de nuestro proceso democrático.

Aunque no en vano han pasado 18 años de convivencia en libertad, sobre el PP ha seguido pesando una especie de prejuicio histórico equivalente —y de hecho complementario— al que servía para demonizar al PCE ante amplios sectores sociales. En tanto que herederas, más o menos remotas, de las fuerzas políticas que con su intolerancia corporeizaron la desgracia de las dos Españas, una y otra formación eran percibidas con prevención y recelo, como una especie de amenaza potencial para la estabilidad del sistema.

Tanto la UCD como sobre todo el PSOE han basado en gran medida sus

éxitos electorales durante casi dos décadas en la exageración manipulada de las supuestas tendencias centrífugas de «la derecha» y los «comunistas» —todavía González recurre a esos términos cuando se queda sin argumentos— que sólo podían ser compensadas por la garantía de continuidad que ofrecían ellos y sus aliados, a través de lo que descarnadamente llegaron a autobautizar como «bloque constitucional».

Buena parte de la burguesía de entonces y todavía amplios sectores de la progresía de ahora consideraban a aquel PCE y a este PP como lobos con piel de cordero, capaces de hacer cuantas proclamas democráticas les conviniera, pero prestos a liberar su verdadera naturaleza autoritaria e involucionista tan pronto como una situación-límite lo propiciara. Al servicio de esta falsificación se han mantenido a flote los más burdos tópicos de la rancia dialéctica franquismo-antifranquismo. Así, como puede comprobarse releendo mi artículo de «ABC» «ETA y el Ejército» —del que, por cierto, sólo un pollino puede desprender invitación alguna a la intervención militar en Euzkadi—, en la primavera del 79 todavía era necesario desbaratar el embuste de que el oro de Moscú servía de enlace entre el terrorismo etarra y el Comité Central del PCE. Y, cambiando de polo de atención y de etapa histórica, pregunten a cualquier amigo de Barcelona si no es verdad que en una viñeta humorística del diario estandarte de la catalanidad, la moderación y el «seny» se representaba la semana pasada a José María Aznar a modo de embigotada águila del escudo preconstitucional, rubricado por el yugo y las flechas, poniendo sitio a la fortaleza de la democracia defendida por González.

Al igual que quienes asesinaron a los abogados del despacho laborista, los miembros de la siniestra mesa en la que se decidió matar a Gregorio Ordóñez pretendían hacer descarrilar el curso normal de los acontecimientos provocando esa anhelada espiral de acción y reacción, en la que la visualización de la violencia de un bando justifique la del otro. Pensaban que la oposición a la Ley Corcuera, la exigencia de responsabilidades al Gobierno con relación a los GAL y tantos otros episodios en los que el PP ha adoptado posiciones democráticas y progresistas habían

sido gestos para la galería, pero que a la hora de la verdad, ante un hecho traumático del calibre del asesinato de su dirigente vasco más carismático, el inconsciente colectivo de la derecha saldría inevitablemente a flote.

Se equivocaron de medio a medio. Para Aznar, Rato, Cascos, Trillo, Ruiz Gallardón, Jaime Mayor, Arenas, Loyola y todos los demás, la muerte de Gregorio Ordóñez fue como la explosión de una granada en el centro de su puente de mando. Desde el pasado lunes cada uno de ellos llevará siempre un trozo de metralla en el corazón. Han perdido al compañero, al amigo, al hermano, a uno de los mejores paladines de su generación. Han comprobado en propia carne que la vida pública puede deparar sorpresas terribles y el dolor les ha hecho adultos de repente. Pero en esta hora trágica también ha quedado de relieve la calidad moral, la entereza humana y el sentido de la responsabilidad de este grupo de dirigentes, súbitamente obligado a afrontar su bautismo de sangre.

Los funerales de Gregorio Ordóñez fueron dignos de los de Héctor, «el domador de caballos», el hijo de Apolo abatido junto a las murallas de Troya. Las largas colas ante el cadáver, los aplausos al ver pasar el féretro, la riada humana en las calles de Donosti... fue el adiós a un héroe, a alguien cuya sinceridad, transparencia y valentía serán puestas durante mucho tiempo como ejemplo. Pero todo el dolor estalló hacia dentro. En esa encrucijada tremenda en la que las convicciones más genuinas te salen a borbotones del corazón, Aznar ni pidió la pena de muerte, ni justificó a los GAL, ni reclamó medidas especiales, ni dio rienda suelta a los exabruptos al uso. Tan sólo invocó la fuerza de la ley, la eficacia del Estado de Derecho y la grandeza del sistema democrático. Y esa misma pauta de conducta caracterizó la respuesta del resto del partido: ni Hernández Sito, ni Ramallo, ni el mismísimo «don Manuel» dijeron en esta ocasión una palabra más alta que otra.

A diferencia de lo que ocurrió la noche siguiente al asesinato de Enrique Casas, esta vez ningún militante del PP embadurnó de rojo sangre los pasquines de HB. Tampoco ninguno de sus dirigentes profirió amenazas como las que desgranó hace unas semanas Arzalluz cuando, tras enterarse de los planes para asesinar a Atutxa, advirtió que «gentes vascas» podían decidir

«acabar con la impunidad y la chulería» de los etarras y sus compinches. Ni siquiera surgió de las filas populares portavoz alguno que hiciera suya la recentísima máxima del secretario de organización del PSOE gallego, Fernández Moreda, según el cual «el mejor terrorista es el terrorista muerto».

Curtido por la adversidad pero con mayor determinación que nunca, Aznar volvió de San Sebastián con el último párrafo del editorial de «Egin» grabado en la memoria. «Ya sabemos que podemos caer algunos más», les dijo a sus colaboradores. Previamente había renunciado a abrir un frente de escándalo político a propósito de la negativa de la Consejería de Interior del Gobierno Vasco a proporcionar la protección policial solicitada para Ordóñez. También tenía claro que de su boca no saldría un solo reproche hacia Felipe González, por más que la ocasión hubiera requerido de su presencia, aunque sólo fuera en reciprocidad a lo que hicieron Fraga y Verstrynge, dando la cara en el banco contiguo al ocupado por los líderes del PSOE, cuando hubo que decir adiós a Enrique Casas.

La vida política ha seguido adelante, pero ya en el primer envite, a través de la formidable requisitoria con la que Federico Trillo logró desbaratar al también brillante biministro Belloch, hemos podido comprobar cómo el PP ha salido reforzado en su autoridad moral de este difícil trance. Nadie debe olvidar que Gregorio Ordóñez sería todo lo lenguaraz y «echado palante» que se quiera, pero sus últimos anhelos estuvieron dedicados a desentrañar una trama de corrupción como la que creía haber descubierto en la Policía Municipal y a contribuir al esclarecimiento y castigo de los crímenes de los GAL. Nadie debe olvidar que este joven periodista, enredador y follonero, era capaz de plantar cara a sus verdugos, mientras colaboraba activamente con Amnistía Internacional en su empeño por erradicar la pena de muerte del mundo.

De la misma forma que el impresionante ejercicio de autocontrol y apuesta por la democracia emergente realizado por los comunistas durante el entierro de las víctimas de Atocha desembocó en la legalización del PCE y en su fructífera contribución a la transición española, tengo la impresión de que los sucesos de esta semana han sido una reválida de madurez que ha podido disipar las últimas dudas que los decisivos sectores intermedios de la sociedad tuvieron sobre la estricta identificación del PP con las reglas del juego democrático. Si esto es así, por amargo que resulte admitirlo, habrá que reconocer que ha tenido que llegar una tragedia para que un hondo prejuicio se diluya. Estoy seguro en todo caso de que si un día José María Aznar se convierte en jefe del Gobierno, sus primeros pensamientos irán dedicados a este muchacho infatigable que con una sonrisa de oreja a oreja parecía querer escribirle la función: «Yo seré alcalde, tu serás presidente, y vendrás aquí y saldremos juntos al balcón, y la gente nos tirará huevos». Una lágrima en su memoria rueda hoy por el rostro sombrío de España.

